

“El mensaje más importante”

Hohenau.

(Mt. 8:1-4)

Salmo 110:1-4; 2 Re. 5:1-15a; Ro. 1:8-17; Mt. 8:1-13

Saludo: Gracia y paz a ustedes, de parte de Dios nuestro Padre, y del Señor Jesucristo. Amén.

Sermón:

1 “Cuando descendió Jesús del monte, le seguía mucha gente. 2 Y he aquí vino un leproso y se postró ante él, diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme. 3 Jesús extendió la mano y le tocó, diciendo: Quiero; sé limpio. Y al instante su lepra desapareció. 4 Entonces Jesús le dijo: Mira, no lo digas a nadie; sino ve, muéstrate al sacerdote, y presenta la ofrenda que ordenó Moisés, para testimonio a ellos” (Mt. 8:1-4).

Jesús devolvió la salud a un hombre que tenía una fea enfermedad en la piel, que se llama “lepra”. A causa de la lepra en su cuerpo, el aspecto de esta persona era muy lamentable, y desagradable a la vista. Como la gente pensaba que esta enfermedad de la lepra podía expandirse a otras personas, si ellos tocaban al enfermo, entonces aislaban a dicha persona, la separaban del resto de la comunidad. Así que al leproso no le quedaba otro remedio que vivir solo, por mucho tiempo. Por lo que no es de extrañarse la inmensa alegría que tuvo al ser curado de su lepra, pues así podría volver con su familia y trabajar. El evangelista Marcos relata esta alegría del leproso curado por Jesús: “Pero ido él, comenzó a publicarlo mucho y a divulgar el hecho, de manera que ya Jesús no podía entrar abiertamente en la ciudad, sino que se quedaba fuera en los lugares desiertos; y venían a él de todas partes” (Mc. 1:45).

Pero Jesús le había dicho a aquel hombre, una vez que lo sanó: “Mira, no lo digas a nadie; sino ve, muéstrate al sacerdote, y presenta la ofrenda que ordenó Moisés, para testimonio a ellos” (Mt. 8:4). Sin duda, Jesús quiere que contemos a los demás sobre su misericordia y poder. Aun así, Él le dijo a este hombre que se callara. Pero el hombre le contó a todos que Jesús le había curado su enfermedad de la piel, y mucha gente entonces vino a Jesús para ser curadas también. Entonces, ¿por qué le ordenó al hombre que no les dijera nada a los demás sobre el milagro? ¿Por qué motivo Jesús quiso que este hombre permaneciera callado sobre su curación de la lepra?

Tal vez podamos usar esta historia para entender lo que quiso decir Jesús. Supongan que su mamá decidió organizar un almuerzo especial para ustedes este domingo. Ella trabajó mucho todo el día sábado organizando ese sabroso almuerzo. El día sábado ustedes llegan a casa de jugar a la pelota, y le dicen a su madre: Mamá, ¡tengo hambre! Entonces ella les prepara un rico sándwich de jamón y queso, con unas rodajas de tomate, mientras sigue ocupada preparando el delicioso asado del domingo al mediodía. Ahora, supongan ustedes que fueron a decirles a todos sus amiguitos el espectacular sándwich que mamá les preparó el sábado. ¿Cómo estaría su mamá si se llegar a enterar? La comida sencilla del sándwich puede estar muy bien, puede ser bueno para ustedes. Pero, ¿qué es lo que su mamá pensó que sería la mejor comida? ¿Qué les parece? ¿El simple sándwich del sábado, o el tremendo y jugoso asado del domingo? Porque su mamá estaba trabajando para prepararles el almuerzo especial del domingo. Si ustedes van a decirles a sus amigos sobre una buena comida que les preparó su mamá, ella esperaría que ustedes hablaran, no del sándwich, ¡sino del asado!

Ahora podemos entender mejor el por qué Jesús no quería que este hombre sanado de la lepra contara sobre el milagro de su curación. La razón es la siguiente: Jesús vino a la tierra para morir por los pecados de aquel hombre de la historia. Jesús, a través del derramamiento de su sangre y su muerte en la cruz, vino para sanar al ser humano de la enfermedad espiritual llamada “pecado”. Así como la lepra causaba que la persona fuera separada de la sociedad, así también esta enfermedad espiritual llamada “pecado” nos apartó de Dios, nos dejó cautivos del

diablo y la muerte eterna, y nos trajo como castigo ser apartados de Dios para siempre. Pero Dios, por su gran amor, movido a misericordia, vino para rescatarnos, para limpiarnos de todo pecado y de toda maldad. Dios mismo nos cura del pecado y la muerte eterna, a través de la fe en el sacrificio del Hijo de Dios, como está escrito en Romanos 1:17: “EL JUSTO POR LA FE VIVIRÁ”. Esta obra la realiza en nosotros el Espíritu Santo mediante la Palabra de Dios, dándonos así el beneficio de lo que Cristo hizo por todos nosotros y por el mundo entero: el perdón de los pecados, la vida y la salvación eterna. Dios Espíritu Santo también nos entrega estos dones a través del Bautismo, donde son lavados nuestros pecados, a semejanza de Naamán el Sirio (2 Re. 5:1-15a), quien fue curado de su lepra en el agua del río Jordán. Y en la Santa Cena, Cristo también nos entrega una vez más salud, vida y salvación eterna.

Por lo tanto, el amargo sufrimiento, pasión y muerte de Jesucristo en la cruz, en nuestro lugar, para cubrir y pagar todos nuestros pecados, y así por tal fe ser salvos, es un regalo mucho, mucho más grande que cualquier curación física que Jesús pueda realizar en nuestros cuerpos. Si el hombre de nuestra historia hubiera querido dar testimonio de lo que Jesús hizo por él, debería haber dado testimonio de que Jesucristo es el Salvador, el Salvador del pecado, del diablo, y de la muerte eterna, y no apenas un simple maestro o un simple sanador de enfermedades. De la misma manera, nosotros también debemos tener cuidado acerca del testimonio que damos acerca de Jesús. Podemos preguntarnos: ¿Qué testimonio quiere realmente Jesús que dé sobre él? ¿Qué quiere Él que le cuente a las personas, a los amigos, a los vecinos, etc., sobre lo que él hizo, y continúa haciendo por nosotros? Porque del testimonio verdadero de Cristo, viene como consecuencia la fe auténtica en Él. Y a la inversa también: Si damos un testimonio falso, o incompleto sobre Cristo, nosotros mismos y las demás personas también, tendrán en consecuencia una fe falsa, o bien una fe inmadura.

Por ese motivo, el apóstol San Pablo se concentra mucho en la carta a los Romanos en el tema de la fe. Martín Lutero contó cierta vez que no existe una carta apostólica más excelente que esta. Porque presenta la fe cristiana, y el evangelio verdadero, de la manera más completa y detallada que podamos encontrar en el Nuevo Testamento. En verdad, decía Lutero, cada cristiano debería saber de memoria palabra por palabra lo que está escrito en la carta de san Pablo a los Romanos. Pero como es muy difícil que eso suceda entre nosotros alguna vez, por nuestra pereza en estudiar las Escrituras, por la falta de tiempo, etc., al menos deberíamos saber la frase que resume todo el contenido de esta carta, y por ende, EL MENSAJE MÁS IMPORTANTE de Jesucristo que podamos dar en nuestras vidas: Que “EL JUSTO POR LA FE VIVIRÁ” (Ro. 1:17).

Contémosle a las personas este gran mensaje, digámosles sobre este, el mayor trabajo que Jesús ha hecho por nosotros y por la humanidad entera: Que la justicia y la salvación eterna es por la fe sola, sin las obras de la Ley. Podemos contarles a los demás que Jesús nos ha ayudado en el trabajo, en la escuela, que curó nuestra enfermedad, que nos cuidó en nuestros viajes, que nos dio un buen tiempo, etc. Pero hablar de todas estas cosas, todavía no es hablar EL MENSAJE MÁS IMPORTANTE. Sería como hablar a nuestros amigos del sándwich que nuestra madre nos preparó el sábado, pero no contarles del gran asado que hizo el día domingo por nosotros. Por eso, cuando realmente valoramos y apreciamos lo que Jesús hizo por nosotros, debemos enfocarnos primero en dar testimonio de lo más importante que realizó Jesucristo: Que “Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Ro. 5:8). “Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada?” (Ro. 8:34-35) “Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Ro. 8:38-39). Queridos hermanos: Este es EL MENSAJE MÁS IMPORTANTE. Amén.